

LA PATRIA.COM

El arte colombiano en Oaxaca desde Bogotá

Opinion

Eduardo García Aguilar

2010-04-25 00



Eduardo García Aguilar

El arte colombiano vivió una explosión de creatividad extraordinaria a mediados del siglo XX, cuando proliferaron las galerías de arte en Bogotá y florecieron revistas y publicaciones donde los escritores del momento trataron de acompañar la erupción ocurrida cuando el país se recuperaba de los años de la Violencia, cuya máxima expresión fue el famoso Bogotazo de 1948, causado por el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán.

En esa Bogotá que surgía de las ruinas y reflexionaba sobre la necesidad de sacudirse de una hegemonía anacrónica y cavernaria de pensamiento,

en cafés como El Automático, galerías como El Callejón o a través de revistas como la famosa Mito, los jóvenes de entonces configuraron un nuevo espacio cultural de rebelión y autenticidad que todavía continúa firme en sus descendientes y discípulos, presentes ahora con su rica variedad en el Museo de los Pintores Oaxaqueños, en el marco del Festival Humánitas del 30 de abril al 13 de mayo de 2010, cuyo invitado internacional es Colombia.

Los artistas colombianos presentes para esta ocasión en la bella y milenaria Oaxaca, tierra del gran José Vasconcelos y del gigante Rufino Tamayo, son una muestra variada y oportuna de las consecuencias de esa explosión cultural, de ese peculiar big-bang iniciado en el vientre de la capital andina desde los tiempos en que exponían Guillermo Wiedeman, Alejandro Obregón y Fernando Botero y publicaban sus primeras obras maestras en la revista Mito Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis.

La mayoría de los artistas expuestos ahora en Oaxaca eran apenas niños cuando críticos como la inolvidable Marta Traba y varios galeristas abrían las puertas de sus espacios a los aires de renovación, a las nuevas tendencias del arte mundial y a las expresiones que emanaban de la Colombia todavía humeante que se recuperaba de la primera Violencia, pero aún no imaginaba que vendrían horrores aún mayores y más tecnificados, con aires de genocidio y éxodo bíblicos después de la devastadora irrupción de las mafias del narcotráfico y los tenebrosos ejércitos paramilitares.

Los artistas presentes en Oaxaca han trabajado en Bogotá y recibieron las enseñanzas de sus maestros al calor de la amistad y la fiesta en los ámbitos ya clásicos de las artes plásticas bogotanas. Algunos, como Umberto Giangrandi vinieron de Europa y adoptaron al país, como ocurrió en su tiempo con Wiedeman, Obregón y la crítica argentina Marta Traba. Otros, como Caballero, Negret, Rebolledo, Barrios, De Narváez, Rocca y Montoya, entre otros, se fueron para vivir largas temporadas en otros países de Europa y América, donde han aportado y recibido a su vez. Algunos han trabajado toda su vida bajo los aires frescos de la altiplanicie bogotana, rodeada de cerros verdes, montañas abiertas que dejan ver las arcillas ocres o los edificios simétricos y agudos de color ladrillo hechos por el arquitecto Rogelio Salmona bajo la lluvia, la bruma y el sol que irrumpe y todo lo cambia.

Suele el hombre a través del arte dar lo máximo cuando es sacudido por acontecimientos históricos que como pestes, guerras o cataclismos los invitan a enfrentar la muerte, a crear, a rasgar las telas y lanzar colores o trazos en una especie de delirio, aquellarre, grito sexual desde las cavernas iluminadas, a poner las manos manchadas de color sobre todas aquellas superficies donde puedan sostenerse ante la mirada. Los grandes momentos del arte, esas playas de creatividad que nos sorprenden tanto como el Renacimiento italiano o el arte de los maestros holandeses,

ocurren en medio de los incendios y luego del paso raudo de la parca ágil que encabeza ebria la marcha de los ejércitos.

Por eso los colombianos que ha seleccionado Santiago Rebolledo para esta muestra de Oaxaca nos impresionan porque han sido la voz del arte en medio de la contienda y son en cierta forma una pléyade variada y compleja de una generación artística y una época conflictiva. Casi todos ellos hicieron sus primeros pasos en esa Bogotá de los años 60 y 70 abierta a la modernidad y desde entonces han sido testigos de la lucha entre el arte y la caverna y con su obra han conjurado el mal de los ejércitos locales y los han enfrentado con juego, fuego, risa y luz en una fiesta sin fin de la que salen triunfantes y dionisiacos.

A medida que nos paseamos entre sus imágenes en este Museo de los Pintores Oaxaqueños, podemos mencionar en voz alta estos nombres variados de maestros y discípulos colombianos de diversas tendencias y generaciones, no sólo como imágenes de marca o sellos de identidad o vanidad efímera, sino como palabras de conjuro, palabras invocatorias de chamán, de brujo, de arúspice romano.

A lo largo de estas décadas, desde distintos lugares del mundo, hemos tenido ecos de todos estos artistas y en Nueva York, México, París, Roma, Madrid, Río de Janeiro, Londres, Berlín, Oaxaca, sus obras se nos han aparecido a través de las décadas como fuerzas verdaderas de la vida y del cambio permanente. No sólo son obras ricas extraídas de la cantera, marcadas en la piedra o en el metal, en la corteza arbórea, sino también nombres deliciosos y sensuales que nos han seducido a lo largo de las décadas y que da gusto pronunciar por medio de un cántico, con el sonido al fondo de los tamborileos africanos y los susurros y los silbidos de los instrumentos indígenas prehispánicos.

Ellos todos representan un fresco de esa creatividad colombiana de los últimos tiempos conectada con el mundo. Pronunciemos pues estos nombres uno tras otros, como si se tratase de una obra colectiva, del conjuro de un país contra sus males, un grito de un país a favor de sus bellezas y felicidades. Antonio Roda, David Manzur, Umberto Giangrandi, Pedro Alcántara Herrán, Lucy Tejada, Manuel Hernández, Antonio Caro, Luis Eduardo Ricaurte, Díaz, Friedeman, Santiago Rebolledo, Tatiana Montoya, Rendón, Antonio Samudio, Gustavo Zalamea, Alejandro Obregón, Óscar Muñoz, Martínez, Arturo de Narváez, Lugo, Víctor Laignalet, Granada, Ana Mercedes Hoyos, Enrique Grau, Leonel Góngora, Luis Caballero, Luis Carlos Barrios, Jim Amaral, Edgar Negret, Alejandro Obregón, Santiago Cárdenas, Fernell Franco, Francisco Rocca, entre otros. Nombres que son música.

Estos nombres y las obras que emanan de ellos resuenan a ahora conectándose de manera permanente con el mundo. Esa fuerza de arte convocada aquí en esta tierra oaxaqueña rica de milenios y obras de

rango mundial, sigue su camino variado y lúcido en las primeras décadas del siglo XXI, proyectándose hacia adelante. El Museo de los Pintores Oaxaqueños, en el marco del Festival Humánitas tiene a Colombia y a Yucatán, la tierra donde vivió el escultor colombiano Rómulo Rozo, como invitados especiales en esta ocasión y con tal motivo se muestra esta vasta selección de artistas contemporáneos colombianos, nombres ampliamente conocidos que se quedarán para siempre entre los mexicanos.